Introducción

Víctor Mario Bados Nieto

> «Es en gran medida debido a su estructura bipolar que el mundo desde la guerra mundial haya disfrutado de una estabilidad rara vez conocida cuando tres o más potencias han tratado de cooperar entre sí o han competido por la existencia».
>
> Kenneth N. Waltz, 1964

Mientras observamos una clara tendencia en 2024 hacia una mayor proliferación de los conflictos en el mundo, bien por el aumento de aquellos de carácter local, bien por la extensión geográfica de aquellos existentes, tal es el de Gaza en Líbano o el de Ucrania en territorio ruso, he querido destacar esta cita del gran politólogo estadounidense Kenneth Waltz, padre del neorrealismo o realismo estructural, pues contiene mucha sabiduría aplicable al cambio de época que vivimos. Argumentaba Waltz que el mundo bipolar presentaba una arquitectura y condiciones estructurales, que favorecían la estabilidad global, lo que conllevaba a una disminución de la resolución de las disputas por medio del conflicto armado. Sin embargo, el aumento de los bloques en el tablero geopolítico significaba justo lo contrario, al estar las responsabilidades de los actores menos claras, y más difusos los intere-

ses vitales, por ser mayor el número de competidores. Y esa es justo la tendencia que en los últimos años se viene advirtiendo, cuando se disecciona la dinámica en la geopolítica mundial y la competición entre potencias a la que estamos asistiendo, que ha desencadenado un repunte en la conflictividad que se acrecienta cada año conforme la atomización de actores aumenta.

Así, la existencia de dos bloques en la guerra fría generó una estabilidad en el concierto internacional que se vio incrementada por la doctrina de la destrucción mutua asegurada (MAD, por sus siglas en inglés) por el arma nuclear de ambas potencias. Sin embargo, tras la caída del muro y la implosión de la Unión Soviética, esa bipolaridad fue sustituida por una unipolaridad ejercida por los EE. UU., que se erigió como gran dominador del tablero geopolítico, empero incapaz con el tiempo, de imponer su «pax americana». Esta circunstancia ya la habían convenido los realistas, pues la distribución de poder cuando descansa en un único hegemón queda también demasiado desequilibrada. Y es en estos momentos de cambio en los que esta inestabilidad unipolar está dando lugar a un orden multipolar, cuando el caos es aún mayor y más acrecentada la anarquía, resultado del concurso de un mundo con mayor número de actores que tienen vocación de alcance e influencia global, lo que está de algún modo desregulando la «arquitectura de la paz» surgida tras la II Guerra Mundial y, por ende, dando pie a un aumento notable de los conflictos armados.

Centrándonos en aquellos conflictos que aborda el *Cuaderno*, observamos cómo el capítulo dedicado a la evolución de la guerra en Ucrania hace un balance de los recientes acontecimientos basados en información procedentes de fuentes abiertas. Se trata de un análisis fundamentalmente militar sobre la trayectoria de una guerra, cuyo desenlace resulta en estos momentos desconocido. Si bien el comportamiento de los Ejércitos, las decisiones políticas y las estrategias militares influyen por igual en el resultado de las batallas libradas en el periodo analizado, también nos sirven para vislumbrar, en medio de «la niebla de la guerra», el rumbo que puede tomar el conflicto. Como ha puesto de manifiesto la incursión ucraniana en la región de Kursk de agosto de 2024, la guerra en Ucrania no está estancada, sino muy activa, y tanto Ucrania como Rusia tienen la capacidad de tomar decisiones que producen un impacto significativo en las realidades de los campos de batalla en cada momento y, consecuentemente, en el desenlace final de la guerra.

A medida que las líneas rojas van cayendo una tras otra, Ucrania camina tambaleante hacia la guerra absoluta, libre de los efectos moderadores impuestos por la política y la sociedad y sin las limitaciones prácticas del tiempo y el espacio. La decisión de acabar con todas las restricciones al empleo de la fuerza militar conlleva el riesgo de la escalada militar y, más peligrosamente, de una guerra total entre Ucrania y Rusia de consecuencias impredecibles. Sin los hábitos moderadores de la diplomacia y la negociación, Ucrania va camino de hacer cierta esta afirmación, con europeos y norteamericanos sumidos en el pensamiento mágico de que, aun sin ellos, Rusia terminará por colapsar.

Respecto al conflicto que actualmente enfrenta al Estado de Israel con la organización Hamas y otros grupos afines, dista mucho de ser un hecho aislado, en un mundo que convulsiona por causa de la globalización. Por ello, las luchas de poder trascienden la herida abierta en la Franja de Gaza a todo el ámbito regional, donde otras muchas organizaciones y grupos se oponen a las actuaciones israelíes. Igualmente, Irán se configura como un adversario directo de Israel, al tiempo que otros actores estatales, como Turquía, Catar o Egipto, muestran diferentes aproximaciones. En el ámbito global, el mundo occidental encabezado por EE. UU. se encuentra dividido entre contradicciones internas, mientras que Rusia se pone de parte de sus aliados. Entretanto, China sigue preocupada por las rutas de comunicación por las que discurren recursos y materias primas.

El Oriente Próximo siempre se ha caracterizado por la conflictividad que le envuelve. Esto se hace patente en las sucesivas crisis que han acontecido en la región a lo largo de la historia. Si bien todas ellas han tenido trascendencia mundial, el escenario global actual hace que el actual conflicto que se vive en Israel se haya regionalizado inmediatamente, con el consiguiente riesgo de extensión. Un hecho añadido es la pugna de poder entre actores globales y regionales, lo que implica que puedan verse afectados otros escenarios en regiones globales distales.

En el capítulo que trata sobre la crisis en el mar Rojo, los ataques hutíes a los buques que transitan en las inmediaciones del estrecho de Bab el-Mandeb han tenido un impacto en el transporte y comercio marítima mundial, al empujar a numerosas compañías a navegar la ruta de cabo de Buena Esperanza por el Sur de África, alargando la ruta en el espacio y en el tiempo, así como encareciendo los fletes. Por ello, esta crisis tiene dos implicaciones principales; desde una perspectiva económica y comercial,

supone un duro golpe a la economía global, en particular para Europa y los países de la región, si bien las navieras y el comercio global están demostrando resiliencia y capacidad de adaptación para enfrentar la situación, que, siendo grave, no es crítica. Por otro lado, desde una consideración geopolítica regional, abre un nuevo frente en el ya complejo tablero geopolítico de Oriente Medio, en este caso en el dominio marítimo, hasta ahora muy en calma a pesar de las tensiones y conflictos permanentes en la región. Se estima que la crisis continuará mientras interese a los hutíes y sus mentores iraníes, pero es poco probable que tenga repercusiones muy graves para la economía y el comercio mundial, aunque es cierto que los ataques hutíes a buques mercantes en las proximidades del estrecho de Bab el-Mandeb ha abierto una crisis de seguridad marítima en el mar Rojo, afectando la ruta que comunica Europa con el Sudeste asiático y el Golfo Pérsico. Sus consecuencias económicas afectan principalmente a Europa, a China, a los países productores de petróleo del Golfo y, sobre todo, a los países de la región que ven disminuidos sus ingresos y actividades económicas vinculadas al tráfico marítimo. Esta situación abre un nuevo frente, esta vez de dimensión marítima, en el ya complejo tablero geopolítico de Oriente Medio, donde EE. UU. y algunos aliados se están empeñando en mantener abiertas y seguras las vías de comunicación marítimas que cruzan el mar Rojo, las de la Unión Europea. A destacar la pasividad calculada de China, en cierta medida de Rusia y también de los países del sur global, todos ellos afectados también por estas graves perturbaciones al tráfico marítimo.

En el capítulo dedicado a las disputas regionales en la costa africana del mar Rojo y del golfo de Adén se analizan los conflictos más relevantes que desdibujan la estabilidad en la región, sembrándola de amenazas a la seguridad y convirtiéndola en un polvorín.

El combustible que impide aplacar el fuego del conflicto en la región lo constituyen las distintas injerencias internacionales que sostienen de manera directa o, más sutil, las brasas nacionales y regionales a punto de prender. La situación de la región es de alta volatilidad y las condiciones humanitarias en algunos casos son insostenibles.

Mención merece igualmente analizar el continuado conflicto bélico en Iraq, en el que se observa que su situación interna es compleja, lo que genera un cierto nivel de conflictividad. En este sentido, la fuerte presencia de Irán en las Fuerzas de Movi-

lización Popular, la región autónoma kurda, dividida en dos clanes rivales representados por partidos políticos que convergen en su enfrentamiento al Gobierno central y, por último, el grupo terrorista Estado Islámico, que continúa interviniendo, son tres elementos que, lejos de cohesionar a Iraq, determinan su gran fragmentación. En un entorno geográfico más amplio, los países más influyentes son Irán, Estados Unidos y China, que intervienen en virtud de desiguales intereses geopolíticos.

Iraq no solo es un centro, objeto de las estrategias de actores internos y externos, sino que además el país se ha visto arrastrado por la guerra de Gaza, que ha pasado factura en su estabilidad interna. Sin embargo, las negociaciones diplomáticas para un alto el fuego en Gaza está estancadas y existe el riesgo de una guerra más amplia entre Israel e Irán, que afecte a Iraq como efecto colateral del conflicto. China podría ser el actor capaz de reconducir estas negociaciones pues su presencia se percibe de forma positiva en la región, donde mantiene fuertes relaciones económicas.

En el capítulo del Sahel, la franja sur del desierto del Sahara que constituye un espacio clave sujeto a múltiples dinámicas internas y externas, que generan un entorno de poderosa inestabilidad en la misma frontera sur de Europa, se advierte que no solo la antigua potencia colonial, Francia, está siendo expulsada de la región, sino Occidente en su conjunto. Esto incluye las fuerzas militares que fueron desplegadas en la zona a petición de las propias naciones saheliana. Y ese vacío geopolítico, inducido en gran medida, está siendo aprovechado por otras potencias revisionistas, especialmente por Rusia.

En plena reconfiguración geopolítica global, de la que la guerra en Ucrania es una muestra patente, en el Sahel se aprecia una serie de variables –apertura de segundo frente de dicha guerra, intento de Rusia de realizar un contra-cerco y un aparente resurgir de tendencias panafricanistas– que ponen en primera plana ese territorio, el Sahel, que de ser relativamente desconocido hace poco ha pasado a ser un nuevo epicentro, esta vez, de esa reconfiguración planetaria en curso.

Todavía en el continente africano, en Mozambique se desarrolla igualmente un conflicto en la provincia de Cabo Delgado, cuyo origen tiene como protagonista al grupo yihadista Ahlu Sunna Wal Jama'a (AWSJ), que surgió en 2007 de la mano de estudiantes salafistas descontentos con las autoridades islámicas de

Mozambique. En 2017, comenzó a empuñar las armas contra las fuerzas de seguridad y población civil, llegando a tomar el control territorial de importantes zonas de la provincia durante los años 2020 y 2021. Aunque la expansión de los yihadistas fue frenada con la ayuda de fuerzas militares extranjeras dirigidas, por un lado, por Ruanda y, por otro, por Sudáfrica, durante 2024 la situación ha empeorado y se han incrementado en número, intensidad y alcance los ataques terroristas.

ASWJ ha conseguido trazar con éxito una narrativa de llamada a la lucha yihadista, alimentada por la marginación política y socioeconómica, las desigualdades étnicas y religiosas y la «maldición de los recursos». En 2010 se descubrieron importantes yacimientos de gas natural en Cabo Delgado, las terceras reservas más grandes de África, cuya gestión ha caído en manos de un consorcio de compañías extranjeras que esperan la pacificación de la zona para poder comenzar a explotar los recursos.

Pasando al continente asiático, se analiza en otro capítulo la situación de Bangladesh después de que, en agosto pasado, tras semanas de intensos enfrentamientos, la primera ministra Sheikh Hasina abandonara el país. Llevaba veinte años en el poder en dos etapas diferentes. Inmediatamente se produjeron persecuciones en contra de las minorías hindú y cristiana y cargos de la todopoderosa Liga Awami, el partido del fundador de la nación, Sheikh Mujibur Rahaman, padre de Hasina. Entre sus causas, el peso del estamento militar en la gobernanza del país y la mala situación económica endémica. Traumatizado por una terrible guerra de independencia contra Pakistán en 1971, que aún explica su presente, también son relevantes las relaciones con la India, el gran vecino, y China, a la que le une proyectos de envergadura. Con todo, atajar la conflictividad interna y sus rescoldos, y alcanzar la estabilidad económica son los objetivos prioritarios del nuevo Gobierno interino, con Muhammad Yunus de asesor principal.

Bangladesh se conforma como un país clave en un lugar estratégico como es la bahía de Bengala, paso natural del estrecho de Malaca y, por lo tanto, de la principal ruta marítima del Indo-Pacífico. En los últimos años, bajo el Gobierno de la ahora dimitida Sheikh Hasina, el país entró en la inestabilidad traducida en enfrentamientos con la oposición y medidas represivas. En política exterior, Bangladesh ha oscilado entre el acercamiento a la India, con quien comparte frontera y una relación histórica, y China, que observa en el país bengalí una posibilidad de alianza y salida al Índico. Atención también al cercano Myanmar, en gue-

rra civil, y a la consiguiente llegada de refugiados, que se suman a los cientos de miles de rohinyás que se hacinan en campos de refugiados bangladesíes, más las tensiones fronterizas. Con todo, los sucesos de Bangladesh, su inestabilidad política, social y económica, hacen de este país uno de los focos de interés que suscita preguntas debido a su futuro incierto.

Haciendo frontera con Bangladesh se encuentra Myanmar, país que, desde el golpe de Estado de 2021, se encuentra inmerso en un conflicto civil que no solo está teniendo graves repercusiones políticas, económicas y humanitarias para las poblaciones locales, sino que también está influyendo en toda la región del sudeste asiático, en especial en los países fronterizos. Durante el último año, han sucedido hechos muy relevantes que han provocado que el conflicto haya sufrido una profunda transformación. La Junta Militar ha perdido poder con la derrota en enclaves estratégicos, mientras que las fuerzas opositoras, que agrupan a diversos grupos étnicos y a la sociedad birmana, aumentan su fortaleza a medida que se alzan con la victoria tanto en entornos urbanos como rurales. Sin embargo, las victorias que están obteniendo las múltiples agrupaciones armadas étnicas distribuidas por todo el país no garantizan una visión común de país, sino todo lo contrario. Myanmar puede convertirse en un país fragmentado, lo que puede dificultar la ejecución de los corredores comerciales que atraviesa el país y que son tan vitales para China e India.

A pesar de estas circunstancias, el conflicto de Myanmar recibe escasa difusión internacional, por lo que corre el riesgo de convertirse en un ejemplo más de conflicto olvidado. Por este motivo, se ha considerado conveniente seguir realizando un seguimiento por sus consecuencias humanitarias y por sus importantes repercusiones a nivel geopolítico y geoestratégico en todo el sudeste asiático.

Trasladándonos al continente americano en su hemisferio sur, el capítulo centrado en Esequibo analiza la disputa entre Venezuela y Guyana en esta región, que continúa siendo un conflicto territorial complejo que, a pesar de los esfuerzos internacionales, no parece tener una solución a corto plazo. La postura inflexible de ambas naciones ha impedido un acuerdo, a pesar de los intentos de mediación y el papel de la Corte Internacional de Justicia (CIJ), que Guyana ha favorecido para legitimar su soberanía. Mientras tanto, Venezuela sigue rechazando esta vía, prefiriendo negociaciones bilaterales, basadas en una visión histórica que considera el Esequibo como parte integral de su territorio.

En el escenario internacional, actores como Estados Unidos y la Unión Europea han intensificado su interés en Guyana, debido al descubrimiento de importantes recursos energéticos, especialmente petróleo. Estas potencias, junto con otros países como Brasil, India y China, han comenzado a incrementar sus inversiones en la región, lo que refuerza la posición de Guyana como un actor emergente en la economía global. No obstante, esta creciente presencia extranjera complica aún más la disputa, ya que Venezuela percibe estos movimientos como una amenaza a su reclamo territorial.

En el capítulo de México y su particular guerra contra el narcotráfico, se analiza el problema de las drogas, que es, simultáneamente, un problema de seguridad, pero también de salud pública. El motor del narcotráfico en Centroamérica es la demanda estadounidense. No obstante, la opinión pública norteamericana acepta mejor las políticas que sitúan los problemas al otro lado de la frontera y, en clave securitaria, esto es: aquellas que actúan sobre la oferta y no tanto sobre la demanda. La cercanía de México y de toda Centroamérica al principal mercado de las drogas y el poderío que han adquirido las organizaciones que lo satisfacen –y que, además, se han incorporado a la globalización– ha supuesto su choque conforme se ha ido produciendo el desarrollo institucional del Estado, lo que ha hecho que el conflicto adquiera las dimensiones propias de una guerra. Esta implica a las Fuerzas Armadas, pero se materializa en los sectores más desfavorecidos de las sociedades.

La llegada de Andrés Manuel López Obrador a la Presidencia de Méjico ha supuesto una modificación de las líneas estratégicas con las que se combatía el fenómeno que conviene valorar con su relevo. Tal cambio ha comenzado a manifestarse en una disminución, por el momento discreta, en el número de homicidios que, con todo, aún se mantiene por encima de los treinta mil. Estados Unidos, por su parte, supera los cien mil muertos al año por sobredosis. Además, se están modificando los esquemas empresariales –que se han globalizado y emplean una tecnología de distribución cada vez más avanzada– así como la oferta de drogas. Estamos ante un problema, además, que afecta directamente en España.

Finalmente, en la batalla por la supremacía tecnológica entre los EE. UU. y China, en el capítulo titulado la «Batalla por el chip» se establece la analogía de que sea esta un juego de tronos moderno, un tablero de ajedrez global donde las naciones

compiten por la supremacía, no con espadas y escudos, sino con políticas comerciales, alianzas estratégicas y acciones encubiertas del espionaje. El movimiento inicial en este juego estratégico es la manipulación de políticas comerciales y la imposición de aranceles, maniobras que tienen repercusiones significativas en las cadenas de suministro. Y todo ello por la profunda importancia de los semiconductores como los bloques fundamentales de prácticamente toda la tecnología moderna, desde teléfonos inteligentes hasta satélites. Estados Unidos y China son los principales actores en este drama global.

En nuestros días, se libra una cruda batalla por la supremacía en el campo de los semiconductores, un componente esencial en prácticamente todos los aspectos de la tecnología moderna. Estos diminutos chips son el núcleo de los dispositivos electrónicos que impulsan las economías digitales, desde nuestros teléfonos móviles inteligentes hasta los centros de datos y los sistemas avanzados de defensa. La competencia por dominar la producción de semiconductores ha escalado hasta un nuevo nivel, con Estados Unidos, China y otras naciones invirtiendo miles de millones de dólares en investigación y fabricación e intentando noquear al contrario, conscientes de que la hegemonía en este sector podría determinar el liderazgo económico y militar en el siglo XXI. En este contexto, la carrera por la supremacía tecnológica es tan vital como lo fue en épocas pasadas, pero con implicaciones que podrían ser aún más profundas y de mayor alcance.